

Mi madre comparte sus secretos

Katie Roiphe

Katie Roiphe es profesora en el Arthur L. Carter Journalism Institute de la Universidad de Nueva York. Nació en 1968 y es autora de libros muy diversos, como *The Morning After: Fear, Sex and Feminism* (1994), el cual le valió un gran elogio de parte de Camille Paglia, *Last Night in Paradise: Sex and Morals at the Century's End* (1997) y *Uncommon Arrangements: Seven Portraits of Married Life in London Literary Circles 1910-1937* (2007), así como de la novela *Still She Haunts Me* (2001), la cual trata sobre Lewis Carroll y quien fuera su modelo para *Alicia en el País de las Maravillas*. Es hija de Anne Roiphe (1935), quien formara filas entre las feministas de Estados Unidos de medio siglo, autora de un puñado de novelas autobiográficas y de los siguientes libros de memorias: *Fruitful: A Memoir of Modern Motherhood* (1996), *1185 Park Avenue, A Memoir* (2000), *Epilogue: A Memoir* (2008) *Art and Madness: A Memoir of Lust Without Reason* (2011). Esta nota, tomada de *The New York Times* el 27 de marzo de 2011, versa precisamente sobre *Art and Madness*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

CADA FAMILIA tiene su propia inimitable manera de comunicar, y en mi familia a veces uno se topa en la librería con un secreto o con el trozo de una historia familiar oculta. En la cuenta que le llevo mi madre ha escrito tres libros de memorias, seis novelas autobiográficas y cuatro indagaciones memoriosas, de suerte que se puede decir con toda seguridad que los estantes de la librería Barnes & Noble saben casi tanto como yo sobre su vida y su tiempo.

Pero había unos cuantos años oscuros y misteriosos en sus veinte sobre los que no escribía, los años posteriores a que dejara a su primer esposo, un talentoso y chocante dramaturgo alcohólico, y antes de que conociera a mi padre. Como suele suceder, esos eran los años que más me interesaban.



Como madre soltera que a menudo se ve atravesando la ciudad en taxi durante la noche, bien vestida para una fiesta, tenía curiosidad natural sobre esta etapa de la vida de mi progenitora cuando ella era una madre soltera que atravesaba por la noche la ciudad en taxi vestida para una fiesta. Pero no estaba dispuesta a hablar de eso. Para cuando yo nací, ella se había reinventado a sí misma como esposa de un médico que vivía en casa de muros de piedra junto a Park Avenue y ya había cuatro criaturas, dos gatos, dos perros, veranos en Nantucket y ninguna huella de la locura y de la búsqueda y de la inestabilidad de sus veinte.

Así que hace un año y medio, cuando mi madre me dio a leer el manuscrito de su nuevo libro de memorias, *Art and Madness*, nunca me había mencionado una sola de las locas y desconcertantes cosas que suceden en él. Me topaba por primera vez con estas historias en letra de imprenta.

Leí sobre sus romances con escritores casados como Doc Humes, George Plimpton, William Styron y otros; leí que una vez a mitad de la noche se llevó a mi hermana mayor, a la sazón de tres años, a casa de Doc Humes porque él pasaba por una especie de episodio psicótico, y que lo cuidó mientras mi hermana dormía en la cama de él, y que luego lo fue a dejar al Bellevue en la mañana, en el camino a la escuelita de mi hermana; leí que una mañana se despertó junto al flaco de George Plimpton con mi hermana arrastrándose sobre las sábanas, preguntando “¿Quién es este?”

Mi madre quería ser escritora, pero como al final de la década de 1950 ser escritora parecía poco plausible para una joven que acababa de terminar su carrera, se le antojó acostarse con un escritor. El libro captura la delirante e incoherente mezcla de los valores de Eisenhower con la tardía obsesión *beatnik* con el artista. Así que ahí sale mi madre de mezclilla y sandalias, con una maltrecha edición de bolsillo de Camus en su mesa de noche, y con pensamientos como este: “Tenía la esperanza de conocer a un escritor y prepararle de comer eternamente”.

En la saga de mi madre de estos tiempos raros y revueltos, es sarcástica con otras personas: “Ella parecía ser la perfecta chica Radcliffe atrapada en un fumadero chino”, “Él parecía conocer todo, o tal vez fuera a todos”. Y sin embargo de nadie escribe más agudamente que de sí misma: “Tenía la moral de una niña de cuatro años”.

A ella sobre todo le preocupan la soledad, el exceso, la sorprendente irresponsabilidad hacia los niños de ese círculo de artistas y escritores del comienzo de los años sesenta; no está interesada particularmente en lo exhilarante. *Art and Madness* es el relato de una conversión y escribe como una persona convencional ardientemente conversa.

Así que hace un año y medio, cuando mi madre me dio a leer el manuscrito de su nuevo libro de memorias, Art and Madness, nunca me había mencionado una sola de las locas y desconcertantes cosas que suceden en él. Me topaba por primera vez con estas historias en letra de imprenta.

El punto es que ella le dio la espalda a toda esta bohemia; en la actualidad no es una gran creyente de la felicidad, o acaso deba decir de la alegría, fuera del matrimonio o de una vida asentada. La esposa de Terry Southern le dice que ella no se arrepiente de nada de lo que pasó, y que lo volvería a hacer, y mi madre escribe: “Por mi parte, nunca repetiría nada de eso. Nunca”.

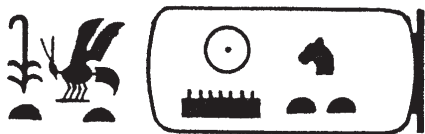
Sólo que como mi madre es una narradora trascendentalmente buena, los relatos se alejan de ella. Se cuentan solos, y siento como si la exaltación, la emoción, el gusto por romper tabúes, el magnetismo de algunos hombres, estuvieran ahí en la página, no obstante las mejores y más responsables intenciones de mi madre.

¿Es raro toparse con toda esta historia familiar íntima en un pulido manuscrito rumbo a una casa editora? Mentiría si dijera que no lo fue. Pero me enteré que mi madre encontró a su padre con su amante en la casa de campo de ella con un grupo de amigos del colegio, y que su tía le robó los abrigos de piel y las joyas de su madre mientras esta última agonizaba, a partir de sus libros; la voz de mi madre contándome cuentos de niña, y sus novelas y memorias, se mezclan a tal grado que hasta ahora no podría decir cuál era el verdadero nombre de mi bisabuelo y cuál fue el que ella le inventó en sus novelas.

Me siento a gusto en esta ambigüedad, y también vivo ahí: ¿es un cuento para dormir o es la vida? Este perverso compromiso romántico con el relato, con las palabras en la página, con el decir verdades espantosas que personas más sensatas estarían satisfechas con no decir las, ahí crecí y no conozco otra cosa.

Sin embargo, mi respuesta a este manuscrito en particular, con sus particulares secretos exhumados, es actuar como si fuera una académica y alguien me hubiera pasado una fascinante relación histórica del mundo literario de la ciudad de Nueva York al comienzo de los años sesenta. Mi mente se lanza de inmediato al análisis cultural de las mujeres de la época, o hacia las cambiantes actitudes hacia el artista, de un modo que oscurece convenientemente el hecho de que es mi madre la mujer tirada en el sofá en la fiesta de la *Paris Review*.

Como pieza de historia social, sin embargo, estas memorias me resultan fascinantes porque mi madre cruza los mismos círculos sociales que yo, sólo que medio siglo antes. Lo que su generación identificó como carisma en sus famosos escritores hoy se llamaría “alcoholismo”. En donde ella y sus amigos eran creyentes de la idea del arte puro y de desacatar abiertamente la convención, el novelista que admiramos venden su película al cine, vive en una casa en Brooklyn o en un piso en



TriBeCa y tiene un buen carro, su bohemia y su rebelión contra los convencionalismos reducidas a comprar comida orgánica, con una vida, en síntesis, que se parece sospechosamente a la del banquero de junto. (Mi madre recuerda una cita con mi padre en la que ella llamó “burgués” a algo, y él, hijo de inmigrantes, un doctor, dijo “¿Qué tiene de malo el burgués?” Y mi madre, apenada, no supo que responder. Pero tal vez las décadas intermedias han respondido por ella y tal vez podríamos usar una distancia un poco más crítica de las cosas materiales, una obsesión ligeramente mayor con la frase sublime, ¿cómo saber?)

Así, desde luego, el casual y exuberante adulterio que describe mi madre sería juzgado al día siguiente por nuestras más sanas, sobrias y serenamente infelices parejas; el engaño era más raro y furtivo, y ciertamente no era parte del ambiente y de los festejos de la salida de un libro, digamos, que hoy también es un asunto más rápido y comercial. Y yo no creo que hayamos alcanzado la fluidez disoluta de las fiestas y *happenings* que mi madre describe, una atmósfera que John Berryman sintetizó como “Alguien abofeteó / Por algún lado a la segunda esposa de alguien”.

A mí lo que me resulta más impresionante al leer este libro de memorias de mi madre es el elegante abismo entre su mundo y el nuestro, la placentera sensación de que hemos avanzado. ¿Pero la escena literaria es completamente distinta a la nuestra? Es diferente, con toda seguridad, y una joven de veinticinco años como mi madre se sentiría absolutamente a gusto acariciando ambiciones literarias propias. Sin embargo, si se asiste a una fiesta de *Paris Review* en White Street, o a una fiesta de *N+1*, uno se sigue encontrando al joven novelista, hoy irónico, auto despreciativo, exquisitamente seguro de sí mismo, con su camisa de vestir y sus anteojos, recién llegado de Buenos Aires, tal vez, y a las chicas que orbitan felizmente alrededor de él. De manera que sigue existiendo una cierta cantidad de energía femenina complaciente, afirmante, que ronda a los editores y escritores varones; una cierto brillo masculino en el que hay que cebarse y al que hay que suscribir y seducir.

La dinámica es diferente, a todas luces más sutil y adecuadamente posfeminista, pero sería deshonesto si dijera que las fiestas de *Paris Review* circa 1964 eran desconocidas del todo para mí. De hecho, hace unos días que estuve en sus repletas oficinas, junto al trago, teniendo aún en la cabeza las escenas más delirantes del libro, casi esperaba que mi madre cruzara la puerta, en su mini vestido de margaritas estampadas, con el chongo sesentero, los ojos con *kohl*, con un cigarro al que no sabía darle el *golpe*.

A mí lo que me resulta más impresionante al leer este libro de memorias de mi madre es el elegante abismo entre su mundo y el nuestro, la placentera sensación de que hemos avanzado. ¿Pero la escena literaria es completamente distinta a la nuestra?